

CANCIONES DE NAVIDAD

CANTAR DE NAVIDAD (1)

Como en años anteriores
los jóvenes del lugar
la noche de Nochebuena
lanzan al aire un cantar.

Cantar por todos oído
de un prodigio sin igual,
el nacimiento de un niño
salvador de tanto mal.

En Nazaret, ignorada
ciudad de la Galilea,
se acercó el ángel Gabriel
a una singular doncella.

Diciendo ¡Salve! Dios te guarde
colmada eres de favores
divina ¡oh, tú María!
madre de Dios hecho hombre.

Augusto, el emperador,
mandó que se empadronara
cada vecino en su tribu
y en su lugar sin tardanza.

De Nazaret a Belén
en camino se pusieron
la Virgen y San José
según mandaba el decreto.

Para tantos transeúntes
las posadas no bastaron
y los parientes y amigos
sus súplicas no escucharon.

Ya con dolores María
al ver las puertas cerradas
en una cueva se entraron
que era establo en la montaña.

Veinticinco de Diciembre,
año siete, cuatro, nueve,
de la fundación de Roma
nació el Niño en un pesebre.

Por todo lecho unas pajas

por todo fuego el calor
del cariño de una madre,
madre de Dios redentor.

A las doce de la noche
al mundo vino El Mesías
para sacar a los hombres
de su error e idolatrías.

Los pastores que velaban
de noche con sus ganados
por medio de un resplandor
del suceso se enteraron.

Un ángel les anunció
el magno acontecimiento
y les condujo al lugar
del más bello nacimiento.

Adoráronle cantando
gloria a Dios en las alturas,
paz en la tierra a los hombres
de voluntad buena y pura.

Adorémosle nosotros
con alegría y fervor,
y a la hora de la muerte
será nuestro redentor.

CANTAR DE NAVIDAD (II)

Comienzo en nombre de Dios
y la Trinidad sagrada
la noche de Navidad
a cantar en esta casa.

Ya se ha cumplido la letra
de Daniel, las profecías,
que dijo que de una virgen
iba a nacer el Mesías.

Ya se halla encinta María,
su vientre como el cristal.
Ha entrado el sol de Justicia
y no se puede dañar.

María se halla preñada
y San José muy confuso
trató de dejarla sola
viéndose tan inseguro.

Recogió las herramientas,
la ropa metió en un fardo,
al hombro lleva la sierra
y la vara en la otra mano.

No se atreve a despedirse
de María soberana,
que del voto de José
María no sabe nada.

Todo lleno de congoja
en su lecho se recuesta.
Al punto queda dormido
y San Gabriel lo despierta.

Pues la obra de María
que en su punto se presenta
es del Espíritu Santo.
No tengáis duda ni pena.

María dijo a José:
amado y querido esposo,
mi parto se halla cercano,
disponed el viaje pronto.

Dispusieron lo preciso
que tenían que llevar,
pero como eran tan pobres

pudieron pronto "espachar".

Emprendieron aquel viaje
con alegría y anhelo.
Lo que más pena les daba
era el rigor del invierno.

Llegaron hasta Belén
y van a buscar posada.
La Virgen queda a las puertas,
San José va de avanzada.

Trataron de recogerse,
preguntan en la ciudad,
pero como eran tan pobres
les faltó la caridad.

Como no hallaban posada
entre amigos y parientes,
en un portal medio "caído"
fue preciso recogerse.

Aquí sí que está presente
la palabra de Isaías,
que al punto de dar las doce,
ha de nacer el Mesías.

De parto se halla la Virgen,
el cielo se ha despejado.
Ángeles y querubines
con decoro le adoraron.

No se contenta el Mesías
con que los ángeles vengan,
que quiere que haya zagales
que toquen las panderetas.

Los pastorcillos bajaron
tocando las panderetas,
que así lo hacían también
cuando iban con las ovejas.

Quédense ustedes con Dios,
que nosotros nos marchamos.
Vamos a adorar al niño
que nos estará esperando.

CANTAR DE REYES

En un lugar de Judea
de remota antigüedad
se escuchaban profecías
de un suceso sin igual.

Los antiguos no creían
el singular nacimiento,
sin que una estrella brillara
de anuncio en el firmamento.

La estrella se apareció
brillante en lejano oriente
y tres Magos la siguieron
buscando al Rey de los reyes.

Subieron a ver nacido
al caudillo de Israel,
a quien iban a adorar
como Dios y como Rey.

Herodes, rey de Judea,
oyó el rumor de la gente
de un milagro prodigioso
y sus pesquisas emprende.

Con soberbia y con temor
preguntaba a los escribas,
príncipes y sacerdotes
dónde se hallaba el Mesías.

En Belén, le respondieron,
ciudad de Judá elegida,
que está escrito en el profeta
aunque sin decir el día.

Al enterarse que magos
llegaron por un suceso,
nervioso les ordenó
que entraran en su aposento.

Buscad al niño nacido
con prontitud y fervor,
-les dijo- y luego avisadme,
que quiero adorarle yo.

Al Niño Dios encontraron
en su casa, con su madre,
y sus dones le ofrecieron

al terminar de adorarle.

Los presentes fueron oro
ofrecido como a Rey,
luego incienso, como a Dios,
y como hombre, mirra fiel.

Un ángel les dijo en sueños
que el regreso a su destino,
no lo hicieran por Herodes,
sino por otro camino.

La estrella, de nuevo guía,
fue para los nobles Magos
que volvieron a su tribu
lo visto a todos contando.

El rey de Judea al verse
en sus deseos burlado,
mandó matar a los niños
hasta la edad de dos años.

La Virgen y San José
con el niño a Egipto huyeron,
y después de muerto Herodes,
a Nazaret se volvieron.

Santo Tomás enseñó
de los Magos la doctrina,
de aquel niño que adoraron
en Belén de Palestina.

Si habéis estado despiertos
pensad un poco en los Magos,
en el Niño redentor
y en estos que van rondando.